

INCENDIOS FORESTALES... ¿DE QUÉ NOS EXTRAÑAMOS?

En los últimos días, una vez más, todos los medios de comunicación intentan explicar la ola de incendios que asoló el suroccidente asturiano, Galicia y Norte de Portugal. Las causas que se aducen son múltiples y todas ellas pueden tener, o seguramente tengan, visos de ser ciertas al menos en parte. Y digo en parte, porque si las analizamos en profundidad, ninguna de ellas es capaz de explicar por sí sola lo que ha ocurrido, o, peor, lo que está ocurriendo en nuestro rural.

Es evidente que el abandono del rural debido al declive demográfico influye en el estado del monte, llenando de maleza los prados que antes el ganado y los cuidados culturales mantenían limpios. Una parte de la superficie quemada se corresponde con estas zonas, pero esto no explica todos los incendios ni, mucho menos, lo ocurrido en las últimas semanas.

Se habla también mucho de la proliferación de monocultivos de especies pirófitas alóctonas, pero las masas arbóreas que han ardido en el suroccidente no eran mayoritariamente de eucaliptos, con lo cual esta explicación, que puede valer en determinados casos y ser más importante en otras zonas (incendios en Portugal y sur de Galicia) no nos vale para explicar ni tan siquiera una pequeña parte de lo ocurrido. Los vecinos de Cervantes (Ancares, Lugo) se quejaban recientemente en la prensa de la cantidad de bosque mixto de acebo y castaño perdido.

Las infraestructuras de protección pueden no ser óptimas, pero tampoco podemos negar que hoy tenemos, al menos en Asturias y Galicia, con gobiernos autonómicos muy diferentes, más cortafuegos, más pistas de acceso al monte, más puntos de agua... que hace tan solo 20 años. Seguro que se podría hacer mejor y que las políticas de prevención son cuestionables, pero en cualquier caso no estamos peor que hace años. Las malas políticas de prevención tampoco pueden explicar lo que ocurre en nuestro rural.

Algo similar se puede decir de los medios humanos y materiales para la extinción. Puede que estén mal gestionados, que los contratos de las brigadas (Galicia) no sean adecuados, o que los bomberos (Asturias) no dispongan de personal suficiente. Puede que se necesiten más helicópteros, motobombas... Pero con toda la incidencia que esto tiene en la extinción, tampoco nos da respuesta a quién quema o a por qué se quema el monte.

Se habla de tramas organizadas, se oye hablar de ellas de forma recurrente, incluso con tintes políticos, desde los años 90 del pasado siglo (Galicia). Nunca se demostró su existencia, pues ni tan siquiera está claro a qué intereses podrían servir estas mafias, ya que muchos de ellos serían contradictorios. Los que vivimos en el rural hemos escuchado ya que los incendios los provocan los ganaderos, los cazadores, los ecologistas, los especuladores inmobiliarios, los partidos de la oposición, los bomberos forestales o las brigadas. Incluso ha salido recientemente en prensa la posible existencia de un cártel formado por empresas de extinción

en connivencia con administraciones autonómicas. Aunque se demostrara que esto es cierto, sería un caso más de corrupción política, pero tampoco explica el fuego de estos días.

Recalificaciones y cambios de uso tampoco parecen sostenerse. La ley de montes solo permite la recalificación de un terreno quemado tras 30 años, antes solo en casos excepcionales de interés general, lo que parece poner bastante difícil esta recalificación.

Y así se podría seguir, haciendo un repaso a todas las causas aducidas por administración, políticos en el gobierno, oposición, medios de comunicación, tertulianos con más o menos base de conocimiento, etc.

Finalmente, se podría argumentar que la combinación de todas estas causas sí que puede explicar lo ocurrido. Pero esto tampoco es así. Solo hay un dato en el que todas las partes están de acuerdo, si algo sabemos es que el 95% de los fuegos es intencionado. Puede que algunos de ellos se deban a accidentes o imprudencias, pero aun así, la mayoría son provocados con toda la intención del mundo. Entonces... ¿Quién quema el monte? ¿Quizá debemos pensar que hay un incendiario potencial en cada vecino o vecina de nuestras aldeas? Al fin y al cabo esta última oleada de incendios solo se diferenció de las anteriores (¿ya hemos olvidado marzo de 2017 o diciembre de 2015, por centrarnos solo en las últimas oleadas en Asturias?) en la extensión alcanzada por los incendios en unas condiciones especialmente adversas (sequía prolongada, calor, vientos fuertes y muy baja humedad atmosférica). En cualquier caso conviene destacar que estas condiciones serán cada vez más habituales en el contexto de cambio climático en el que vivimos.

UNA PERSPECTIVA SOCIO-POLÍTICA

Lo que nadie puede negar es que, si algo se ha hecho mal en los últimos años en toda España, pero especialmente en estas zonas de las que estamos hablando, es la política de desarrollo rural. Parece increíble, pero los problemas que hoy tiene nuestro rural, son exactamente los mismos que tenía cuando llegó la democracia y que, desde luego, vienen de mucho antes. Minifundismo, falta de rentabilidad de las explotaciones familiares, falta de servicios por otro lado muy caros de mantener debido a la dispersión de la población, abandono, envejecimiento, etc, etc.

Echemos la vista a los últimos 40 años ¿qué se ha hecho al respecto? Simplemente, NADA. Todas las políticas implementadas en España con respecto al mundo rural se han limitado a favorecer el abandono del mismo. Nada ha cambiado, el minifundismo sigue siendo marca propia (ojo, que de por sí puede tener aspectos positivos), los servicios básicos en el rural son propios de sociedades en vías de desarrollo (servicio médico, ambulancias, atención a la población envejecida, estado de las comunicaciones, colegios...) las pequeñas explotaciones siguen teniendo los mismos problemas, o más graves, de subsistencia. Es como si 40 años no hubieran servido más que para agravar el problema. Y eso por poner un horizonte temporal, está claro que esto viene de mucho más lejos.

Pero en realidad sí se ha hecho algo, algo que redundaría en que todo vaya a peor, tanto el despoblamiento como los incendios forestales. Lo que se ha hecho, y se sigue haciendo, ha sido despojar a la sociedad rural de toda posibilidad de decisión sobre su futuro y sobre su propia existencia, a veces de forma autoritaria y otras veces con un paternalismo disfrazado de ayudas y subvenciones. Las masivas repoblaciones del ICONA durante los años 50 a 70 se realizaron a pesar de los vecinos. Puede que muchas de ellas fueran beneficiosas para el medio, pero en cualquier caso fueron impuestas y gestionadas desde fuera (montes consorciados), no permitiendo a las comunidades seguir realizando los usos que venían llevando a cabo y que probablemente hubiera que cambiar, pero siempre desde una necesidad interna. Con la llegada de la democracia, en el occidente asturiano y en Galicia la propiedad de muchos montes volvió a los vecinos, pero no su gestión, que en la mayoría de los casos sigue en manos de las administraciones. De esta forma, nadie es responsable de que la carga ganadera no sea sostenible en muchos lugares, que se permita que el ganado pisotee fuentes y no permita el crecimiento del regenerado en muchos lugares o que alguien prenda un monte que total no es de nadie. Hay normativas, ordenanzas municipales, etc, pero es fácil ver como sistemáticamente no se cumplen, ya que nadie considera el monte como algo propio, algo a cuidar y sobre todo algo de lo que hay que responder, incluso legalmente, como cualquier propietario o propietaria de un bien. Y es que, al fin y al cabo, el monte no deja de ser un pequeño aporte económico a la economía familiar y este aporte, en forma generalmente de ayudas, vendrá igual, esté el monte bien gestionado o no. Por supuesto que hay excepciones, montes gestionados por los vecinos de forma exitosa, montes que, en general, se libran de los incendios.

La propiedad privada es también muy importante en nuestros montes. El tamaño medio de la parcela catastral forestal privada es menor de una hectárea. Es imposible gestionar un medio tan hiperfragmentado. Pero una vez más, el propietario de estas parcelas no tiene ningún incentivo para gestionarlas en común con sus vecinos, al igual que tampoco siente ninguna obligación por hacerse responsable de lo que allí pasa. Es como si no fueran suyas. En el mejor de los casos, las condiciones ecológicas y las normativas autonómicas le permitirán plantar eucaliptos, lo cual es de por sí, al menos, una forma de atención al monte. Lo normal es que estas parcelas se releguen al olvido y que ya ni se sepa donde están. El abandono caracteriza totalmente a nuestros montes privados. Al igual que cuando nos referíamos a los públicos, también hay excepciones, pero son eso, excepciones.

En conclusión, el monte no es más que un lugar del que sacar provecho mientras este venga regalado. Hay un enorme desapego hacia él que lleva a que sepamos, cuando hablamos con muchos de nuestros vecinos o vecinas, que probablemente estemos hablando con un incendiario o una incendiaria. Y además hemos escuchado muchas veces su discurso: que hay que encontrar los marcos de la parcela porque vamos a hacer las partijas, que no hay quien entre en ese monte y así las batidas nunca salen bien, que no hay forma de que te autoricen una quema controlada para mejorar los pastos, que no hay derecho a que los daños del lobo los paguen siempre los mismos, que desde que esto está protegido no te dejan hacer nada, etc, etc, etc. El discurso de todos los días en nuestras aldeas.

UNA PROPUESTA

Hay ejemplos, tanto en Asturias como en Galicia, de montes bien gestionados, donde prima la multifuncionalidad y se atiende a funciones productivas, ambientales y sociales. Tienen algo en común, dentro de su diversidad. Sus gestores, sean comunidades de vecinos o comunidades de propietarios, se han hecho cargo de ellos con todas las consecuencias, planifican su gestión y responden cuando las cosas no se hacen bien.

Creo que una de las formas de potenciar nuestro rural es el empoderamiento de las aldeas. Hacerse cargo de algo así implica que se puede sacar un partido de ello que vaya más allá de lo que hoy se obtiene, y para ello hace falta, sobre todo, formación. Necesitamos en el rural profesionales del mismo. Personas que tienen el medio rural como forma de vida, y no simplemente como complemento a otros ingresos procedentes del trabajo en las villas, las prejubilaciones, etc. Pero para esto es necesario hacer entender que el rural sí tiene futuro. Es posible parar el abandono y los incendios.

En primer lugar, las administraciones deben dar mucha más autonomía de funcionamiento a estos profesionales, y con ello me refiero a los habitantes del rural. La gestión del medio debe hacerse desde abajo, y no tiene por qué ser la misma en toda una comunidad. Cada aldea, cada valle, cada monte, puede tener sus características diferenciales y optar por soluciones diferentes para problemas parecidos. Esto no significa que se pueda hacer cualquier cosa. Tenemos leyes que enmarcan cualquier actuación sobre el medio y habrá que velar por su cumplimiento, pero a lo mejor los vecinos de un pueblo están más capacitados para decidir qué parte del monte es necesario regenerar mediante una quema controlada o regular otros aprovechamientos desde las propias aldeas (por supuesto con el apoyo de las administraciones y con el cumplimiento de las leyes). Los proyectos enmarcados en la “custodia del territorio” son ejemplos de este tipo de gestión.

En segundo lugar, hay que exigir a estas personas formación. El monte en Asturias y Galicia es totalmente multifuncional. Las explotaciones familiares, pequeñas normalmente, obtienen sus ingresos del ganado, de la madera, de cultivos... Aquí podríamos englobar explotaciones con vocación más forestal (ganado de carne en pastos del monte) con otras de zonas más agrícolas (leche con cultivos de maíz y praderas). No existe en el sistema educativo español ningún ciclo formativo de FP de grado superior que atienda esta multifuncionalidad característica del rural noroccidental. Los que hay son parciales (gestión forestal por un lado, paisajismo y medio rural por otro y ganadería y asistencia animal por otro), y aún así, y aunque parezca mentira, ¡en Asturias no se imparte el ciclo superior de ganadería! Pero aunque existiera esta posibilidad, a estos profesionales no se les exige esta formación. Las ayudas para jóvenes que se quieran instalar obligan a que en un plazo realicen unos cursos de formación de la consejería claramente insuficientes. Estamos hablando de actualizar una profesión, llevarla al siglo XXI. Es necesario hacer un plan de empresa, conocer la biología y sanidad de los animales, etc, etc. Y sobre todo, hay que responder con responsabilidad de todo lo que se haga mal. En cualquier profesión con un mínimo de responsabilidad se exige un título profesional, aquí parece que todo da igual.

Estos dos puntos deben ir totalmente unidos, no se puede dar más libertad, con la responsabilidad que ello implica, si no se exige formación. Hoy vemos como los ganaderos más profesionales gestionan sus rebaños en el monte sin apenas daños por lobos, mientras que los más dejados, los que tiene el ganado abandonado o en peores condiciones, cobran casi todas las ayudas por daños. Es decir, estamos pagando a los que lo hacen mal en vez de favorecer a los más profesionalizados.

Y finalmente, en tercer lugar, la inversión pública debe ir destinada a favorecer estos cambios, aunque no necesariamente de forma directa. Es imprescindible la inversión en infraestructuras y servicios. La mejora en las comunicaciones pasa por llevar la fibra óptica a los pueblos (sí, una empresa en el rural también necesita internet), mantener los servicios médicos, colegios, exenciones y facilidades para determinados pagos...

En definitiva, permitir que los pueblos y las aldeas se autogestionen, exigir responsabilidad por esa autogestión y facilitarla eliminando trámites y dotando de los servicios a los que tiene derecho cualquier ciudadano que viva en entornos urbanos.

Quizá de esta forma consigamos parar el abandono y que los que quedamos en el rural lo sintamos como algo propio y que es nuestra responsabilidad legarlo a los que nos sucedan. No se me ocurre mejor manera de evitar que siga habiendo incendios en nuestro monte.

Uxío Otero Castro

Profesor de Gestión Forestal y del Medio Natural
Escuela de Selvicultura de Tineu (Asturies)